

ADMINISTRACION  
LIRICO-DRAMATICA.

---

LA  
PRIMERA CURA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**MIGUEL RAMOS CARRION**

Y

**VITAL AZA.**

BIBL. ASTURIANA  
C. Inmaculada  
GIJON

**MADRID.**  
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.  
1880.

# ADICION AL CATALOGO DE 1.º DE ENERO DE 1880.

Parte que  
corresponde  
la Galeria.

TÍTULOS.

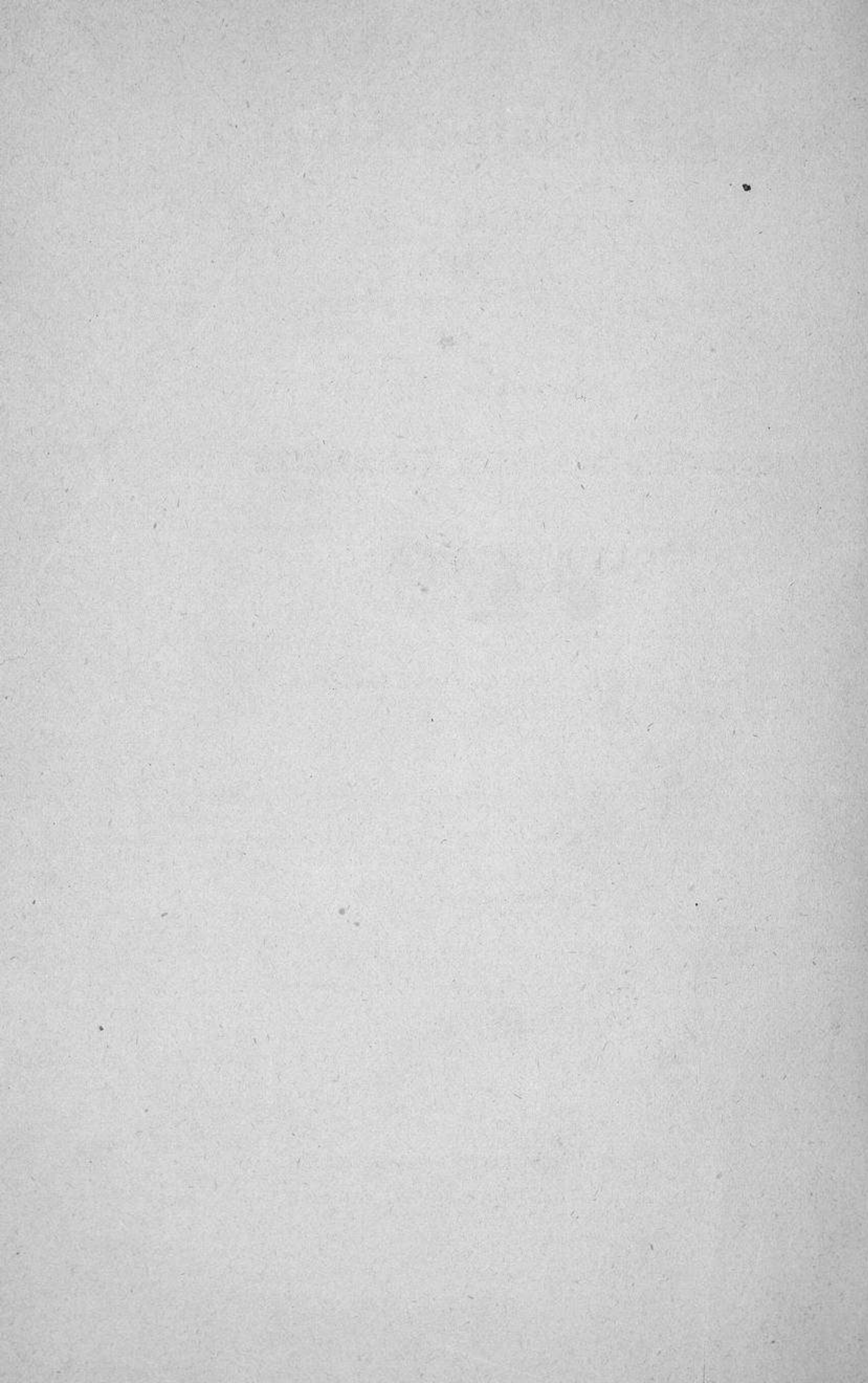
ACTOS.

AUTORES.

## COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde la Galeria.
3 3	1	D. Pedro Gorriz.....	Mitad.
» 4	1	Sres. Aza y Estremera..	Todo.
3 1	1	D. Juan J. Herranz.....	»
3 2	1	Juan J. Herranz.....	»
2 2	1	Ramon Marsal.....	»
2 3	1	J. Sanchez Albarran	»
12 3	1	Juan Utrilla.....	»
	1	José María Anguita..	»
2 2	1	Sres. R. Carrion y Aza..	»
2 4	1	Shez. Castilla y G. de Cádiz.....	»
3 2	1	D. José Olier.....	»
6 2	1	Manuel Matoses.....	»
2 3	1	Salvador Lastra.....	»
3 3	1	Roque F. Izaguirre..	»
3 2	1	Ramon de Marsal...	»
5 1	1	Camilo Sevielo.....	»
7 2	1	Eduardo Palacio.....	»
	1	Juan Maestre.....	»
3 3	1	Ramon Marsal...  ...	»
3 2	1	Eusebio Sierra.....	»
1 2	1	José Estremera.....	»
7 2	1	Antonio Zamora ...	»
	1	R. Romera.....	»
3 1	1	José Estremera.....	»
2 2	1	A. Alcon.....	Mitad.
3 4	1	Javier de Burgos....	Todo.
8 3	1	Javier de Burgos....	»
	1	Jaxier de Burgos....	»
3 2	1	Salvador Lastra.....	»
3 2	1	Mariano Barranco...	»
» »	1	Mariano Barranco...	»
4 2	1	J. Manuel Ascandoni.	»
3 2	1	Gerardo Peña.....	»
	1	E. Segovia Rocaberti.	»
5 3	1	E. Shez. Castilla....	»
5 1	1	Gaspar Marqués....	Mitad.
3 3	1	J. Escudero.....	»
4 2	1	Gaspar Marqués ...	»
3 1	1	A. Alcon.....	»
4 2	1	E. Sanchez Castilla..	Todo.
2 2	1	José Olier.....	»
3 2	1	Mariano Barranco...	»
3 1	1	Ramon Marsal.....	»
3 3	2	A. Alcon.....	Mitad.
4 6	2	Juan J. Herranz.....	Todo.
3 4	2	D. Salvador Lastra....	»
	3	Sres. R. Carrion y Aza.	»

**LA PRIMERA CURA.**



# LA PRIMERA CURA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**MIGUEL RAMOS CARRION**

Y

**VITAL AZA.**

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA el 18 de Noviembre de 1880.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1880.

D. 557670

PERSONAJES.

ACTORES.

---

SOLITA.....	D. <sup>a</sup> DOLORES FERNANDEZ.
MERCEDES. ....	CARLOTA LAMADRID.
PACA.....	BLANCA PASTOR.
ROBERTO.....	D. EMILIO MARIO.
EL DOCTOR.....	ELÍAS AGUIRRE.
DON RUFINO .....	RAMON ROSELL.
MATEO.....	ENRIQUE MARTINEZ.

---

Época actual.

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

*Madrid 19 de Noviembre de 1880.*

SR. D. NICOLÁS NORIEGA.

GIJON.—(Quinta de *La Granja*.)

Querido amigo nuestro: Ha llegado el momento de demostrarle que no le olvidamos.

Cuando tres meses hace escribíamos en Gijon esta comedia, más de una vez interrumpió Vd. nuestro trabajo para llevarnos á las pintorescas orillas del Piles, donde éramos el terror de los peces y el asombro del cachazudo *Mariñan*.

Si nuestra obra hubiera disgustado al público, ante nuestra conciencia, Vd. y sólo Vd. sería el responsable de la derrota: que el autor silbado siempre encuentra á quien echarle la culpa.

Felizmente el público ha recibido con aplauso la comedia. Justo es, que en compensacion de la responsabilidad que á Vd. amenazaba, estampemos su nombre en la primera página como una muestra de nuestro cariño y en recuerdo de aquellas agradables excursiones.

No crea Vd., sin embargo, que nos apropiamos lo que no nos pertenece. Gran parte del éxito se debe á los artistas que han interpretado esta obra, y muy especialmente al Sr. Mário, que dando una prueba más de su privilegiado talento, obtuvo una merecidísima ovacion.

Admita Vd., amigo Noriega, la cariñosa dedicatoria de este juguete y disponga siempre del afecto de sus verdaderos amigos

MIGUEL Y VITAL.





---

## ACTO PRIMERO.

---

Gabinete elegante con dos puertas á cada lado. La primera derecha (del actor) figura balcon; la primera izquierda, que tiene mampara, se supone que da al recibimiento y las otras dos á las habitaciones más interiores.—Al foro dos librerías y entre ellas, sobre un *bureau*, un armario con cristales dentro del cual hay frascos, botes, estuches, vendas, etc.—Un busto de Hipócrates y otro de Galeno ó cualquier otro detalle que caracterice la habitación de un médico.—Mesa de despacho con libros, escribanía, etc.—Sillas, butacas y un veladorcito.

### ESCENA PRIMERA.

MERCEDES y PACA, que sostiene una madeja que devana aquella.

MERC. Espera, que se ha hecho un nudo.  
Separa un poco las manos.

Así. Qué estambre tan flojo!  
Va á decir papá que es malo.

PACA. Pues es de la misma clase  
que el azul y el encarnado.

MERC. Ya van ciento dos madejas...

PACA. Y aún nos queda para rato,  
porque el señor, por lo visto,

MERC. no concluye ni en diez años.  
Pobre papá! Yo le dejo  
porque se entretiene tanto!  
Haciendo fuentes y arbustos,  
estanques, flores y prados,  
se pasa las horas muertas  
tan contento y tan ufano.  
Luégo mi marido dice  
que le conviene el trabajo,  
porque como para hacerlo  
da esos paseos tan largos...

PACA. Sí; pero si viera usted  
lo súcio que está su cuarto...  
lleno de recortaduras  
de papeles y de trapos...  
y luégo, como no hay modo  
de que me deje arreglarlo...  
No quiere que entre yo allí  
por Dios y todos los santos,  
pero en cambio me marea;  
siempre está pidiendo algo.  
Paca, vé á la tienda y compra  
un metro de carton blanco.  
Paca, dame unas tijeras.  
Paca, búscame unos clavos.  
Paca, dame engrudo. Paca,  
quítale á una escoba el mango  
y tráelo, que necesito  
cañas para hacer un árbol.

MERC. Pobre papá! Qué manía! (Pausa.)  
—¿Qué hora es ya?

PACA. Las doce y cuarto.

MERC. Y mi marido no viene!

PACA. Ay! Si no tiene descanso:  
como que no hay en Madrid  
médico mas ocupado.

MERC. Felizmente no le falta  
clientela. Le están llamando  
sin cesar, y yo egoista  
siento que le aprecien tanto,  
pues los enfermos me roban  
horas de dicha á su lado.

PACA. Los médicos no debían casarse.

MERC. ¿Por qué?

PACA. Pues claro.

Mire usted: yo me dejé un novio veterinario jóven y elegante y rico, que ganaba buenos cuartos, pues curaba á casi todos los animales del barrio, porque un dia que me dijo que iría á verme temprano no fué hasta el dia siguiente por visitar á un caballo.

RUFINO. (Dentro.) Paca! Paca!

PACA. El señor viene.

Aquí estoy! Quiere usted algo?

## ESCENA II.

DICHOS, D. RUFINO, por la puerta derecha.

RUFINO. Vamos á ver, ¿teneis ya el estambre devanado?

MERC. Si señor; tómelo usted.

RUFINO. Me parece un poco claro. Como es para los cipreses... Servirá para los álamos. Oye, Paca.

PACA. Mande usted.

(¿No lo dije? Ya empezamos!)

RUFINO. Dile á Mateo que vaya y que compre en el estanco de la calle del Clavel cinco cajas de tabacos.

MERC. Papá, ¿vuelves á fumar? Si sabes que te hace daño, que Andrés te lo ha prohibido.

RUFINO. Si yo no busco cigarros: quiero las cajas vacías. Son para hacer unos bancos... Anda, que las traiga pronto.

PACA. Está muy bien: voy volando.  
(Váse segunda puerta de la izquierda.)

### ESCENA III.

MERCEDES y D. RUFINO.

RUFINO. No te puedes figurar,  
hija, lo que he trabajado!  
Me sale admirablemente.  
Siguiendo así, ántes de un año  
tengo mi obra terminada.  
Mira que haber hecho el plano  
en relieve y con colores,  
sujeto á escala y exacto,  
del Retiro todo entero...  
Es una obra de romanos...  
Y de fijo, si no fuera  
por los muchísimos cambios  
póliticos que aquí ha habido,  
ya estaría terminado.  
Pero lo empecé el catorce  
de Abril del sesenta y cuatro,  
y desde entónces parece  
que todo lo enreda el diablo.  
Desde los lejanos tiempos  
del rey don Felipe cuarto,  
puede con razon decirse  
que estuvo el Retiro intacto,  
pero apenas se me ocurre  
dar principio á mi trabajo  
cuándo todos los gobiernos  
se empeñan en trastornarlo.  
Viene la Revolucion,  
me quita lo reservado,  
cambia calles y paseos  
y echa las tapias abajo.  
Destroza despues lo más  
frondoso del arbolado  
para trazar el paseo  
de coches y de caballos;  
y con esto y la dichosa

exposicion de ganados,  
y poner casa de vacas,  
y fuentes á cada paso,  
y estanque de patinar,  
y un kiosko de cuadrumanos,  
y qué sé yo cuantas cosas  
con que lo han desfigurado,  
me han traído á mal traer  
siempre poniendo y quitando  
y deshaciendo el domingo  
todo lo que hice hasta el sábado.  
Qué pais! No hay nada estable!  
Todo han de modificarlo!  
Un dia se les antoja  
y hacen del Retiro un barrio!  
Así es que temiendo siempre  
nuevas reformas y cambios,  
en cuanto el Ayuntamiento  
celebra sesion, me escamo.

MERC. Papá, viva usted tranquilo,  
que hay Retiro para rato.  
(Suenan dos golpes de timbre fuera.)  
Vamos, aquí está ya Andrés.

ANDRES. (Dentro.) ¿Por dónde andan?

MERC. Aquí estamos.

## ESCENA IV.

DICHOS, ANDRÉS, por la primera puerta izquierda.

ANDRES. Mujercita de mi alma,  
estréchame entre tus brazos!  
—Papá de mi corazon,  
¿cómo tan desocupado?

RUFINO. He venido por estambres,  
pero me vuelvo á mi cuarto.

ANDRES. Sí, sí, que es preciso dar  
fin á ese proyecto magno,  
para que pueda usté hacer  
despues la Casa de Campo,  
La Moncloa, la Florida,  
y Carabanchel y el Pardo.

- RUFINO. Pues claro está que lo haré  
si Dios me conserva sano.
- ANDRES. Se morirá usted de viejo  
teniéndole yo á mi lado.
- RUFINO. Ea! voy á trabajar...
- ANDRES. Dios ponga tiento en sus manos.
- RUFINO. Voy á hacer la barandilla  
del estanque de los patos!  
(Váse por la derecha.)

## ESCENA V.

ANDRÉS y MERCEDES.

- ANDRES. Ay, hija mia, no puedes  
figurarte lo rendido  
que vengo!
- MERC. Pobre marido!
- ANDRES. Compadéceme, Mercedes!  
Tú no sabes cómo estoy!  
Se necesitan pulmones!...  
mil trescientos escalones  
llevo ya subidos hoy.  
Y en vano es que me acobarde,  
es preciso resistir:  
aún me quedan por subir  
otros tantos esta tarde.  
Y sabe Dios por la noche!  
Tengo coche y lo merezco.  
Hija mia, compadezco  
á los médicos sin coche!
- MERC. Cierto; descansa á mi lado,  
que á fe que bien lo mereces.
- ANDRES. Ay, sí! (Sentándose junto á ella.)
- MERC. Te he dicho mil veces  
que trabajas demasiado.  
Tu eterno afan no me explico;  
ya debías descansar.  
¿Á qué tanto trabajar  
si has logrado hacerte rico?  
¿Ya qué más puedes querer  
si tienes fortuna y nombre?

ANDRES. ¿Qué más quiero? Ser un hombre  
que cumpla con su deber.  
En bien de la humanidad  
sufriendo la carga voy:  
se han empeñado en que soy  
una notabilidad,  
y no pudiendo excusarme,  
á seguir así me avengo.

MERC. Pues haces mal.

ANDRES. Si no tengo  
más remedio que aguantarme!  
¿Cómo me niego al que quiere  
que vaya asistirle yo  
y se empeña en que si no  
voy á verle yo se muere?  
¿Y á otro que dice: «Á usted acudo!  
Doctor, cure á mi mujer!  
Usted sólo puede hacer  
que yo no me quede viudo?»  
Y mil de *ellas* he salvado,  
porque *ellos* me lo han pedido...  
y sé de más de un marido  
á quien luégo le ha pesado.  
Pero no puedo evitar  
que en mí cifren su esperanza  
y tengan tal confianza  
en mi modo de curar.  
Pagan mi ciencia con creces  
honrándome de mil modos,  
y eso que yo, como todos,  
me equivoco muchas veces.  
De algunos dije muy serio  
que la vida salvaría,  
¡y estaban al otro día  
camino del cementerio!  
Y á más de uno y más de dos  
á quienes por muertos dí,  
¡muy gordos despues los ví  
por esas calles de Dios!

MERC. Yo, cliente agradecida,  
protesto de tal creencia:  
no hables así de tu ciencia,

á la cual debo la vida.

ANDRES. Es cierto que te salvé  
y era tu dolencia grave,  
pero ¡ay Mercedes! Dios sabe  
con cuánto afán la estudié!  
Llamado á tu casa fui,  
y al ver aquella enfermita  
tan pálida y tan bonita,  
fijos los ojos en mí,  
yo que era un grave doctor  
sólo amante de la ciencia,  
sentí la dulce influencia  
bienhechora del amor,  
y aún temiendo tu desvío,  
—que era lo que me inquietaba,—  
á cada instante exclamaba:  
¡Que no se muera, Dios mio!  
Él mi súplica escuchó,  
y dándome arrojo y suerte  
de las garras de la muerte  
por mi mano te salvó.

MERC. Por tí vivo y soy dichosa.

ANDRES. En aquella lucha abierta  
tu curacion era cierta,  
pero la mia dudosa;  
que un caso extraño se daba  
al lograr tu mejoría:  
la enferma convalecía  
y el médico empeoraba;  
y muchas veces que fui  
temeroso á visitarte,  
en lugar de recetarte  
debí recetarme á mí.  
Hoy te confieso una falta:  
llegué á ser hasta inhumano;  
temblaba el dia cercano  
de tener que darte el alta.

MERC. Era infundado el temor,  
yo sufría al verte triste,  
y cuando el alta me diste  
en pago te dí mi amor.

ANDRES. Me parece que fué ayer



MERC. y va á hacer tres años ya.  
Es que siempre el tiempo va  
rápido para el placer,  
y ni una nube siquiera  
empañó nuestra alegría  
desde aquel dichoso día  
en que fuí tu compañera.

ANDRES. Bien haya mi suerte, amen! (Abrazándola.)  
(Levantándose.) De un aviso Dios me guarde.  
Ya no salgo hasta la tarde.

MERC. Eso me parece bien.

ANDRES. Bastante he corrido ya!

MERC. Sí, que descanses es justo!

ANDRES. Me encuentro aquí tan á gusto!...  
Venga el batin.

MERC. (Cogiéndolo.) Aquí está.

ANDRES. Á tu lado todo el día.

(Quitándose la levita.)

MERC. Ven acá; voy á ayudarte.  
(Yendo á ponerle el batin.)

## ESCENA IV.

DICHOS, el CRIADO, por la primera puerta de la  
izquierda.

CRIADO. Se puede?

ANDRES. Pasa.

CRIADO. De parte  
del señor marqués de Andía  
que vaya usted al momento.

ANDRES. Ves qué desgraciado soy?  
(Volviendo á ponerse la levita.)

CRIADO. Qué digo?

ANDRES. Que al punto voy.  
(Váse el Criado.)

Hija mia, es un tormento.  
Y ese dichoso marqués  
me tiene ya mareado.  
Es el hombre más pesado!...  
me tendrá allí hasta las tres!  
Con su jaqueca ya peca

de cargante y posma, y...  
cuando me llama, es á mí  
á quien me da la jaqueca!

SOLITA. (Dentro.) Deja; no pases recado.

## ESCENA VII.

DICHOS, SOLITA, por la primera puerta izquierda.

ANDRES. Es la viuda... tu amiguita.

SOLITA. (Entrando.) Mercedes!... (Abrazándola.)

MERC. Cómo! Solita!

Tú en Madrid!

SOLITA. Hoy he llegado.

Doctor, querido doctor!...

¿No me esperarías, eh?

¡Claro que no!—¿Sabe usted  
que me ha vuelto aquel dolor?

—Hija, los nervios es cosa  
que me tiene trastornada.

Tomé cien baños y nada:

no puede una ser nerviosa.

Necesito consultar,

que me diga usted qué es esto.

—Pero qué buena te has puesto!

Cuánto tenemos que hablar!

He corrido medio mundo!

Qué fondas!... y qué caminos!...

¿Sabes que somos vecinos?

Vivo arriba, en el segundo,

ANDRES. (Santo Dios!)

MERC. No lo sabía.

SOLITA. Como mi tia está fuera  
estoy con las de Antequera  
hasta que vuelva mi tia.

ANDRES. (Armémonos de paciencia!)

Gran satisfaccion tenemos.

SOLITA. Así es que ahora nos veremos  
con muchísima frecuencia.

Conque usted me dirá cuándo  
empezamos la visita.

ANDRES. Perdóneme usted, Solita,

SOLITA. pero me están esperando.  
Bien, ya hablaremos despues.  
Yo no tengo prisa, espero.

ANDRES. Bienvenida.

SOLITA. Adios.

ANDRES. (Prefiero  
la jaqueca del marqués!)  
(Váse primera puerta izquierda.)

## ESCENA VIII.

MERCEDES, SOLITA.

SOLITA. Observo que tu marido  
sigue tan atareado.  
Buen esposo has encontrado!  
Hija, qué suerte has tenido!

MERC. Dices bien!

SOLITA. Ni una rencilla  
vuestra dulce union amarga.  
Mi visita va á ser larga;  
me quitaré la mantilla. (Quitándosela.)

MERC. Trae.

SOLITA. Toma.  
No hay más que verte.  
La alegría te rebosa.

MERC. Cierto que soy muy dichosa.

SOLITA. No he tenido yo esa suerte.  
(Se sientan las dos.)

Siempre la fatalidad  
me persiguió aleve y ruda.

Mira que quedarme viuda  
en lo mejor de mi edad!...

MERC. Sí que fué un golpe tremendo.

SOLITA. Una pérdida horrorosa!  
—Pero hablemos de otra cosa,  
que me voy entristeciendo.

MERC. Bien.

SOLITA. Pues hoy mismo he venido  
de los baños del Molar.  
No te puedes figurar  
lo que allí me he divertido!

Hija, yo, todos los años  
como estoy bien de intereses,  
me paso dos ó tres meses  
de casa en casa de baños.  
Me gusta la intimidad  
que se goza en esas casas;  
allí la vida te pasas  
en completa libertad.  
Es el remedio mejor  
que inventaron los doctores:  
allí habrá malos humores,  
pero siempre hay buen humor.  
Medicina de recreo,  
bailes, giras y meriendas,  
conciertos, juegos de prendas...  
Es un continuo jaleo!  
Hay allí mil alicientes!...

MERC. Bien divertida estarás.

SOLITA. Y no sabes ademas  
qué nube de pretendientes.  
Me hizo el amor en Cestona  
—á principios de verano—  
un muchacho valenciano,  
una excelente persona;  
era buena proporcion,  
y aunque le dije que sí,  
me cansé pronto y me fuí  
á los baños de Sobrón.  
Allí había un brigadier  
con los bigotes muy largos...  
que ejerció no sé qué cargos  
siendo los suyos poder:  
y aunque quería casaca  
y era un hombre de talento,  
hija, me cansé al momento  
y me marché á Carratraca.  
Allí se me declaró  
un escritor, buen sujeto.  
¡Ay! si vieras qué soneto  
tan divino me escribió!  
El diablo era el tal poeta;  
me tuvo muy divertida,

pero me cansé en seguida  
y me fuí á Arechavaleta.  
Hice víctimas sin cuento,  
y en mi rápida escursión  
dejé herido un corazón  
en cada establecimiento.  
Yendo de aquí para allí  
cien amantes ví rendidos,  
todos muy buenos partidos,  
pero como soy así,  
—no lo puedo remediar—  
me canso pronto y los dejo.  
¡Ay! Sólo al de Marmolejo  
no lo he podido olvidar!  
Ay, aquel...

MERC. Hija, por Dios!  
cuánto amor, y cuánto baño!

SOLITA. Pues no son muchos: este año  
sólo he estado en veintidos.

Ademas de baños de ola  
que tomé en San Sebastian,  
estuve en Caldas, Solán,  
Fuensanta, Fitero, Alzola,  
Arnedillo, Lanjarón,  
Escoriaza, Guethary,  
Trillo, Betelú, Vichy,  
y Bagneres de Luchon.

MERC. Qué manera de correr!  
Con vida tan agitada  
ya debes estar cansada!

SOLITA. Hija, qué le voy á hacer!  
La salud es lo primero.

MERC. Tienes razon.

PACA. (Entrando por la primera izquierda.)  
Señorita!

MERC. Qué quieres?

PACA. (Dándole una tarjeta.) Una visita.

MERC. Á ver?

PACA. Es un caballero  
que pregunta por usted.

SOLITA. Quién es?

MERC. (Dejando la tarjeta, despues de leerla, sobre la me-

sa de despacho.)

No tengo el honor...

—Que entre. Ven al tocador.

(Váse Paca.)

SOLITA. Bueno, te acompañaré.

(Vánse las dos por la puerta derecha.)

## ESCENA IX.

PACA, ROBERTO, por la primera puerta izquierda.

PACA. Pase usted aquí, don Roberto;  
la señora saldrá pronto.

ROB. Conque me conoces, eh?

PACA. Pues vaya si le conozco!

ROB. Tú cada vez más bonita.

PACA. Y usted siempre tan buen mozo.

ROB. (Está visto que con todas  
tengo un partido asombroso.)

PACA. Siéntese usted.

ROB. Conque tú  
sirviendo aquí!—Qué demonio!

PACA. Desde que salí de casa  
de las señoras de Orozco  
por culpa de usted.

ROB. Silencio!

Habla más bajo ó te ahogo!  
PACA. No hay cuidado; la señora  
está en su cuarto, allá al fondo.  
Pues sí, por culpa de usted  
salí!

ROB. Pero tú, supongo,  
que saldrías por la puerta,  
mientras que yo, ¡qué bochorno!  
huyendo de aquel marido  
que me buscaba rabioso,  
al saltar por la ventana  
que da á la calle del Sordo,  
me hubiera roto el bautismo  
si no caigo tan aplomo  
sobre el infeliz sereno  
que dormía como un tronco.

- PACA. De buena se libró usted!
- ROB. No, no me libré del todo.  
Has traído á mi memoria  
un recuerdo doloroso.
- PACA. Le duele á usted todavía?
- ROB. Cuando cambia el tiempo, un poco.
- PACA. Fué una paliza tremenda!
- ROB. Aquel marido era un ogro.  
Por fortuna de esa especie  
no me he encontrado con otro.
- PACA. Pues á mí no me pegó,  
pero se puso furioso;  
dijo que era yo la causa  
de aquel escándalo gordo,  
y me echó y estuve cerca  
de un año sin acomodo.
- ROB. (Levantándose.)  
Yo te recompensaré  
con creces, que estoy en fondos.
- PACA. Ya sé que usted, señorito,  
siempre ha sido generoso.
- ROB. Gracias. (Haciéndola una caricia.)
- PACA. Estése usted quieto!
- ROB. Ya empiezas á darte tono?
- PACA. Como que voy á casarme.
- ROB. Sí? ¿Con quién?
- PACA. Pues con mi novio,  
uno que está de escribiente  
en la Caja de Depósitos.
- ROB. (Hojeando un álbum de fotografía que habrá sobre  
la mesa.)  
Haces bien; cástate, chica!  
Gran cosa es el matrimonio...  
(para los que no se casan,  
es decir, para nosotros.)  
Y dime: ¿qué fué de aquella  
á quien yo le hacía el oso  
—que vivía en el segundo—  
novia de aquel medio tonto?
- PACA. Pues dicen que se casaron  
y han ido á vivir á Toro.  
Él era de allí.

- ROB. Lo creo!
- PACA. Qué muchacha! Era un asombro!  
Lo que es usted, señorito,  
es un tunante de á fólio!  
No en balde todas le llaman  
á usted Juanito Tenorio.
- ROB. Cosas de ellas! (Caracoles!  
Qué mujer! Y la conozco!  
Sí, sí, yo he visto esta cara,  
creo que no me equivoco.  
Claro que no. Si es aquella  
que iba al Real con las de Tornos,  
que á mí me gustaba tanto,  
y que tiene aquellos ojos...)  
(De pronto á Paca enseñándola el retrato.)  
Quién es esta?
- PACA. Mi señora.
- ROB. Tu señora!
- PACA. Á qué ese asombro?
- ROB. Qué feliz casualidad!  
Soy el hombre más dichoso.  
Conque se ha casado?
- PACA. Sí.
- ROB. Qué gran mujer!
- PACA. Poco á poco!
- ROB. Por qué lo dices?
- PACA. Porque esta  
no es la señora de Orozco.
- ROB. Sí, ya sé que es la de Perez.  
Es lo mismo. Y á propósito:  
¿qué tal es él?
- PACA. El señor?  
Un médico muy famoso.
- ROB. Ya lo sé, no digo eso.
- PACA. Pues qué dice usted?
- ROB. Lo otro.
- PACA. Qué?
- ROB. Te pregunto qué tal  
se lleva este matrimonio.
- PACA. Se llevan perfectamente;  
siempre están muy cariñosos.
- ROB. Y él es tan jóven como ella?



PACA. Cá! no señor!  
ROB. Cómo?... cómo?...  
Es un viejo?  
PACA. Viejo, no:  
podrá tener treinta y ocho...  
ROB. Y hace vida retirada  
sin duda?  
PACA. Sale muy poco;  
no va á teatros, ni á paseos...  
ROB. Ahora me lo explico todo!  
Por eso no la veía...  
Pero hoy por fortuna logro  
hablarla por vez primera!...  
PACA. Señorito!...  
ROB. Qué?  
PACA. Mucho ojo!  
ROB. Descuida.  
PACA. Ella viene.  
ROB. Sí?  
PACA. Yo me voy.  
ROB. Adios, pimpollo!  
No digas que me conoces.  
(Hay que andar con piés de plomo!)  
(Vásc Paca primera izquierda.)

## ESCENA X.

ROBERTO, MERCEDES por la derecha.

MERC. Usted me dispensará,  
le hice esperar y lo siento.  
ROB. Señora...  
MERC. Tome usted asiento.  
ROB. Mil gracias. (Sentándose.)  
MERC. Usted dirá...  
ROB. Pues en Soria este verano  
pasé una temporadita  
y traigo á usted una visita  
de su tio don Mariano.  
MERC. Cuánto celebro...¿Y qué tal  
está el tio?  
ROB. Tan famoso!

Anda un poquillo achacoso,  
pero siempre tan jovial.

MERC. Ah! Tiene un genio envidiable.

ROB. Es un señor excelente;  
tan fino, tan complaciente,  
tan servicial, tan amable...

MERC. Gracias.

ROB. Pues estuve allí  
á arreglar ciertos asuntos  
y andábamos siempre juntos.

MERC. ¿Y él no vendrá por aquí?

ROB. Mil negocios importantes  
no le permiten quizá  
salir... (Pues señor, está  
mucho más hermosa que ántes!)  
Que la viniera á usted á ver,  
—me dijo,— y yo no sabía  
que era usted, á quien ya tenía  
el gusto de conocer.

MERC. Sí? No caigo... Esta fatal  
memoria...

ROB. No, si usted no  
me conoce: pero yo  
la recuerdo á usted del Real.

MERC. Ah! vamos!

ROB. (Es muy bonita!)

MERC. Hará algunos años...

ROB. Sí!

La última vez que la ví  
cantaban la *Favorita*.

Estaba usted encantadora!

MERC. Por Dios!

ROB. La alabanza es justa!

MERC. Gracias!

ROB. (Vamos! Que me gusta  
muchísimo esta señora!)

(Pequeña pausa.)

MERC. Pues ya que se molestó,  
siento que haya usted venido  
cuando no está mi marido,  
y él lo sentirá.

ROB. (Yo no!)

Y yo, pero ya tendré  
ocasion de saludarle.

MERC. Él pasará á visitarle!...

ROB. No, no lo consentiré,  
señora, de ningun modo.

Él tiene quehaceres y...

Ya volveré por aquí.

(Cuando él no esté, sobre todo!)

Estoy muy desocupado  
y tendré gusto en volver,

pues deseo conocer

á un doctor tan afamado.

Á un hombre de ciencia tal

que ha conseguido que sea

su justa fama europea,

más aún, universal.

MERC. Universal? No, no tanto.

ROB. Es la verdad lisa y llana.

MERC. Mil gracias.

ROB. (Por la peana  
se suele adorar al santo!)

(Pausa. Se atusa los bigotes adoptando una acti-  
tud pretenciosa.)

MERC. (Este presume de hermoso!)

ROB. (Qué pie!)—Ustedes no han salido  
este año?

MERC. No hemos podido.

Como siempre está mi esposo  
ocupado!...

ROB. Lo comprendo.

Pues yo he estado por ahí  
porque eso de estarse aquí  
todo el verano es tremendo! (Pausa.)

MERC. (Ya se va haciendo cargante  
la visita.)

ROB. (Mirándola.) (Es un primor!)

MERC. (De pronto.)

¿Ha visto usted qué calor?

ROB. Sí señora, hace bastante!

(Nada, que de aquí no salgo  
sin preparar el camino.

Ahora, así, con cierto tino

yo voy á insinuarme algo.)

## ESCENA XII.

DICHOS, SOLITA, por la derecha.

SOLITA. (Ella me agradecerá  
que interrumpa la visita.)

ROB. (Gran tacto se necesita  
pero...) Señora, quizá  
diga usted que yo...

SOLITA. (Presentándose.) Mercedes!  
Ay!

MERC. Adelante!

SOLITA. Les deajo!

ROB. (Ella!)

SOLITA. Usté!—El de Marmolejo! (Á Mercedes.)

MERC. Se conocían ustedes?

SOLITA. Mucho!

ROB. Tengo ese placer!...

(De dónde ha salido ahora  
esta maldita habladora  
á echarlo todo á perder?)

SOLITA. Vaya una casualidad!  
No esperaba verle aquí.

ROB. Ayer he llegado.

SOLITA. Sí?

Yo esta mañana: ¿verdad? (Á Mercedes.)

Vivo arriba, y lo primero  
que hice en cuanto me arreglé  
fué visitar á ésta, que  
es la amiga que más quiero.

ROB. Pues celebros haber tenido...

(Á una indicacion de Mercedes se sientan los tres,  
quedando Solita en medio.)

SOLITA. Y usté ¿á dónde se marchó  
desde Marmolejo? Yo  
—como había prometido—  
esperé á usté en Sacedon,  
pero nada! inútilmente;  
y aunque había mucha gente

faltaba allí animacion.

Verdad es que usted no estaba,  
y es claro, faltando usted!...

Porque este hombre es el gran pie!

(Roberto mira los de Mercedes.)

¡las bromas que él inventaba!

Aunque le ves tan pacato,

tú no sabes... de bañista

es el hombre más bromista,

más chistoso... (y más ingrato!) (Á Roberto.)

ROB. (Esta me va á fastidiar!)

SOLITA. Tenía usted encantada

á la gente; nada, nada,

no lo quiera usted negar.

Y la prueba es que allí había

una bañista inocente

que creyó completamente

todo lo que usted decía.

Y en sus promesas fió,

y al comprender sus engaños

le sentaron mal los baños...

(Y esa bañista era yo.) (Á Roberto.)

ROB. (Me explicaré.) (Á Solita.)

MERC. Es lo corriente;

no le hagas inculpaciones.

En baños sólo hay pasiones

de verano.

ROB. Justamente,

sí, de verano... (Y de invierno.) (Ap. á Solita.)

Amor ligero... (Entrañable!) (Id.)

Cierto cariño... (Inmutable!) (Id.)

un amor... de paso... (Eterno!) (Id.)

(Ya la he dejado tranquila.)

Con su permiso me voy... (Levantándose.)

(Nos veremos.) (Ap. á Solita.)

(Aquí estoy

entre Caribdis y Scila!)

Muy grato el tiempo se pasa

al lado de ustedes, pero...

MERC. Ya sabe usted, caballero,

que tiene usted aquí su casa.

(Toca el timbre.)

- ROB.** Gracias.—Pues tuve el honor de haber conocido á usted, mañana mismo vendré á saludar al doctor.  
Adios, Solita!
- SOLITA.** (Cariñosamente.) (Tunante!)  
(Sale Paca por la izquierda.)
- MERC.** Abre la puerta.
- PACA.** En seguida.
- ROB.** (Le daré de despedida un apretón insinuante.)  
Señora!...  
(Dando la mano á Mercedes.)
- MERC.** Ay!
- ROB.** Hasta mañana!  
(Dando la mano á Solita.)
- SOLITA.** (Creo que ya le atrapé!)
- ROB.** (Ap. á Mercedes.)  
(Es usted un ángel!)
- MERC.** (Sorprendida.) Eh?
- ROB.** (Id. á Solita.)  
(Hermosísima!)  
(Ap. á Paca que sostiene la mampara.)  
(Barbiana!)  
(Telon rápido.)

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece D. RUFINO sentado y recortando unas estátuas de carton, y á poco sale PACA y más tarde SOLITA.

RUFINO. Nada! con estas tigras no puedo recortar bien; pero no se dónde diablos puse las otras ayer. Sin duda fué en el Parterre en donde me las dejé.

PACA. (Entrando por la segunda izquierda y poniéndose la mantilla.)  
Señor.

RUFINO. Qué quieres, Paquita?

PACA. Que vengo á advertirle á usted que yo me marché y no vuelvo hasta la hora de comer.

RUFINO. Bueno, pues que te diviertas.

PACA. Si, que me divertiré.  
La señorita me ha dado permiso: como que hoy es el bautizo de mi tío!

RUFINO. ¿Qué estás diciendo, mujer?  
¿Se bautiza un tío tuyo?

PACA. No señor.

RUFINO. Me figuré...

PACA. Quien se bautiza es un niño  
que mi tía parió ayer.

RUFINO. Ah! vamos!

PACA. Hasta la noche.

RUFINO. No tardes.

PACA. No tardaré.

Aquí está doña Solita.

Señorita, pase usted.

(Entra Solita por la primera puerta izquierda con  
un cestillo de labor y váse Paca.)

SOLITA. Buenas tardes, don Rufino.

RUFINO. Solita!... qué tal? (Levantándose.)

SOLITA. (Haciéndole sentarse.) Muy bien!

Nada: siga usted el trabajo,  
no le quiero entretener.

Y Mercedes? Ha salido?

De compras quizás? Y Andrés?

Ya sabrá usted que esta tarde  
les acompaño á comer.

RUFINO. No sabía...

SOLITA. Sí señor.

¿Y tampoco sabe usted  
que vivo arriba?

RUFINO. Tampoco.

SOLITA. Pues sí señor: desde ayer.

Estoy con las de Antequera.

Mi tía está en Leganés.

RUFINO. Qué! Se ha vuelto loca?

SOLITA. No:

hace unos días que fué  
á estar una temporada  
con las de Castilloñel,  
que tienen allí un *chateau*,  
quiero decir, un *chalet*...  
Es una quinta preciosa!  
Como su primo el marqués  
es hombre que ha visto tanto,  
les trajo de Heidelberg



un modelo de jardines  
gusto germano-francés.  
Vaya, yo con su permiso  
voy á trabajar tambien.  
(Se sienta al lado de D. Rufino.)  
No me gusta estar ociosa  
y me he traído el crochet.  
Estoy haciendo un tapete  
de un modelo que tomé,  
tres años hace en Biarritz  
del *Journal des demoiselles*.  
Es un capricho precioso!  
Representa una mujer  
que está durmiendo la siesta  
á la sombra de un laurel  
y un cazador que la mira  
arrodillado á sus piés.  
En segundo término hay  
un caballo y un lebre, y  
en lontananza una torre,  
un molino y un ciprés.  
Es un trabajo muy lindo!  
muy lindo!—¿Decía usted?

RUFINO. No, yo no decía nada.

SOLITA. Y usted qué hace? Á ver, á ver!  
Me encanta usted, don Rufino,  
por lo laborioso que es!

RUFINO. Gracias.—Pues estoy haciendo  
—y hoy mismo la acabaré—  
la Calle de las Estátuas.  
Llevo ya cortados seis  
reyes.—Ay, hija! estos reyes  
me traen á mal traer!

SOLITA. Quién es este?

(Cogiendo una de las estátuas que estarán sobre  
el veladorcito.)

RUFINO. Chindasvinto.

SOLITA. Sabe usted qué está muy bien?

RUFINO. De verás?

SOLITA. Muy parecido.

RUFINO. Qué, le ha conocido usted?  
—Canastos con Ataulfo,

lo que me ha dado que hacer! (Levantándose.)  
(Acabando de recortar uno que tiene en la mano.)

SOLITA. Y hace usted todo el Retiro?

RUFINO. Sí señora.

SOLITA. Todo, eh?

(Levantándose.—D. Rufino va colocando sobre las sillas algunas de las estatuas, y las contempla á cierta distancia entusiasmado.)

Habrá usted puesto el Skating...

RUFINO. Aún no, pero lo pondré.

SOLITA. Ay! para mí qué recuerdos tiene el Skating aquel!

Todas las mañanas iba el año setenta y seis á patinar y me estaba patinando hasta las diez.

Allí conocí á un muchacho alto, rubio, muy cortés, agregado á la embajada rusa... Usted figúrese si patinaría el hombre!

Qué vueltas! Qué rapidez! Hacia atrás! hacia adelante!

Qué manera de correr!

Y dibujaba espirales!...

Y sobre el hielo una vez escribió con el patin:

«Solita! La adoro á usted!»

Podrán decir que los rusos son muy frios, pero aquel hablaba con tal calor,

que parecía más bien

un andaluz de Triana

ó un gitano del Perchel.

Era siempre mi pareja,

y un dia se me fué un pie,

y si no es por él me estrello;

me estrello si no es por él!

(Sentándose sobre una de las estatuas.—D. Rufino, con mucha amabilidad, la hace levantarse.

—Repítese el mismo juego en otra silla.)

RUFINO. (Ay, qué mujer! Me marea!)

Yo, con permiso de usted,  
voy á mi cuarto á buscar  
unos pliegos de papel!

SOLITA. Sí, sí, nada de cumplidos.

RUFINO. Hasta luégo.

SOLITA. Hasta despues!

(Váse D. Rufino por la derecha despues de haber  
recogido todas las estátuas ménos la de Chindas-  
vinto, que distraidamente dejará sobre una de las  
sillas.)

## ESCENA II.

SOLITA, sola.

Pues señor, ya son las cuatro.  
Roberto prometió ayer  
venir á ver al doctor,  
y si yo al punto acepté  
la invitacion de Mercedes  
de que viniera á comer,  
bien sabe Dios que lo hice  
tan sólo por verle á él.  
Oigo pasos... ¿Si será?  
No, que es el doctor.—Andrés

## ESCENA III.

SOLITA, ANDRÉS, entrando por la primera puerta de  
la izquierda, luégo MATEO.

ANDRES. Solita!

SOLITA. Al fin logré dar  
con usted, gracias á Dios!  
Necesito consultar.

ANDRES. Solos estamos los dos,  
conque puede usté empezar.  
Curarla me será grato.

SOLITA. Haré á usté de mi dolencia  
un minucioso relato.

ANDRES. (Dios mio! Tendré paciencia!

Hay historia para rato!)

(Se sientan.)

Ninguna duda me cabe  
de que se encuentra muy grave  
cuando tiene usted tal prisa.

SOLITA. Sí señor, usted no sabe!  
No lo tome usted á risa!  
Parece que me rebosa  
la salud; pues no hay tal cosa!  
Siempre padeciendo estoy!  
Los nervios!... Soy tan nerviosa!...  
Ya sabe usted cómo soy!  
Pues bien, como soy así,  
tuve un grano este verano  
muy cerca del hombro, aquí;  
¡ay! lo que yo padecí  
con aquel dichoso grano!  
El brazo no lo movía;  
me invitaban á bailar,  
y claro está, no podía!  
Se puede usted figurar  
lo qué yo me aburriría!  
Gracias á que en la reunion  
un muchacho muy galante  
me daba conversacion;  
un chico que es comandante  
de no sé qué batallon.  
Es andaluz, de Antequera.  
Contando cuentos le quita  
el mal humor á cualquiera.  
Qué gracioso! Si usted viera!...

ANDRES. Al grano, al grano, Solita.

SOLITA. Pues bien; el grano creció;  
pero, amigo, una mañana  
de ir al campo se trató;  
fuimos en una tartana  
y la tartana volcó.  
Dios mio! qué batacazo!  
Pepe Cuenca, ¡pobrecillo!  
á poco se rompe un brazo,  
y la marquesa del Mazo  
se descompuso un tobillo.

Rodriguez se hizo un chichon,  
Perez una contusion,  
y la esposa de Tobar  
quedó en una posicion...  
que no me quiero acordar.  
Gracias á que fué en un llano;  
si es en sitio peligroso,  
ni uno sólo queda sano.  
Yo llevé un susto horroroso!

ANDRES. Al grano, Solita, al grano.

SOLITA. Pues bien; sobre mí cayó  
el niño del brigadier,  
y con tal fuerza me dió  
que el grano se resolvió  
y dejé de padecer.

ANDRES. Mucho el percance lamento  
que usted con su gracia abulta;  
mas si se curó al momento  
¿á qué viene la consulta  
si ya no hay padecimiento?

SOLITA. Doctor, ese es un error;  
desde aquel vuelco dichoso,  
doctor, me encuentro peor.  
Ay, qué sistema nervioso!  
Yo no estoy buena, doctor.

ANDRES. Pronto estará usted curada;  
puede usted vivir tranquila,  
porque todo ello no es nada.

SOLITA. Me pongo tan agitada!...

ANDRES. Mucha tila, mucha tila.

SOLITA. Para estos males extraños,  
en lugar de la antehistérica  
que usted me mandó otros años,  
recorrí todos los baños  
de la península ibérica.  
Probé de todas las sales:  
las aguas nitrogenadas,  
las salino-sulfatadas,  
las sulfurosas termales  
y las bicarbonatadas.

ANDRES. Qué chaparron mineral!  
Ese estómago es de hierro.

Y con tanto manantial,  
aún le falta un agua...

SOLITA. Cuál?

ANDRES. La de la fuente del Berro.

SOLITA. Esta usted muy ocurrente.

ANDRES. Gracias. (Y cómo me carga!)

SOLITA. A ver el pulso!...

ANDRES. (Tomándose lo.) (Corriente!)  
Bien!

SOLITA. Y la lengua?

ANDRES. (Muy larga!)

La lengua perfectamente.

El mal está conocido  
y es cosa insignificante.

MATEO. (Llamando primera izquierda.)  
Se puede entrar?

ANDRES. Adelante!

MATEO. Esta carta que han traído  
y que vaya usted al instante.

(La entrega y váse.)

ANDRES. (Lee despues de pedir permiso á Solita.)

»Una persona querida  
que en el lecho del dolor  
siente escaparse su vida,  
le suplica á usted, doctor,  
que venga á verla en seguida.  
Dios tendrá su rasgo en cuenta  
como yo se lo deseo.  
Suyo, Francisco Tardienta.  
Cnamberí, Luchana, ochenta.»

(Indica con la fisonomía que no conoce la firma.)

Vaya! Pues es un paseo!

SOLITA. Se tiene usted que marchar?

ANDRES. Lo siento, pero es preciso.

(Sentándose á la mesa del despacho.)

Mercedes no ha de tardar,  
y es tan urgente el aviso  
que no me puedo negar.

(Esta visita me evita  
sufrir de esta pizpireta  
la insoportable visita.)

(Escribiendo.)

Ahí tiene usted la receta.

(Dándosela doblada.)

SOLITA. Mil gracias.

ANDRES. Adios, Solita.

(Váse por la primera izquierda.)

## ESCENA IV.

SOLITA.

Nada; todos son iguales:  
á estos males  
el médico más solícito  
ninguna importancia dá.  
Es dolencia que se toma  
siempre á broma  
y cuando uno les pregunta,  
dicen: «Ya se curará.»  
Dichoso temperamento!  
Yo lamento  
no ser como esas mujeres  
que uno encuentra por ahí,  
insensibles de tal modo  
para todo  
que aunque ocurra lo que ocurra  
dicen: ¿Qué se me da á mí?  
Veamos esta receta,  
pues me inquieta  
que nunca encuentre reposo  
mi agitado corazón.  
Mandaré... cualquier jarabe.  
Ya se sabe. (Leyendo.)  
«Récipe: segundas nupcias.»  
Pues tiene mucha razón!

## ESCENA V.

DICHA, ROBERTO, que se detiene al entrar por la  
primera puerta izquierda.

ROB. (Pues señor, me lanzo ahora  
que la ocasión se presenta.

Chamberí, Luchana, ochenta.  
Lo menos tarda una hora.)  
¿Se puede?

SOLITA. Quién? Ah! Roberto?

ROB. (Toma! Pues si era la viuda!)

SOLITA. No esperaba usted sin duda  
hallarme aquí?

ROB. Sí por cierto.

SOLITA. Como se sorprende usted!...

ROB. Es que una cara como esa  
siempre me causa sorpresa.

SOLITA. Muchas gracias.

ROB. No hay de qué.

SOLITA. Vamos, tome usted asiento.  
(Hoy he de verle rendido.) (Se sientan.)

ROB. Y Mercedes?

SOLITA. Ha salido,  
pero volverá al momento.

ROB. No está!... (Qué fatalidad!)

SOLITA. Lo siente usted?...

ROB. No por Dios!

Así hablaremos los dos  
con entera libertad.

SOLITA. Su conducta necesita  
una explicacion muy clara.  
Míreme usted cara á cara.

ROB. Ya la miro á usted, Solita.

SOLITA. Usted se me declaró  
en Marmolejo aquel dia  
que fuimos de romería:  
no me diga usted que no.  
Yo, que inocente creí  
todos aquellos extremos,  
dije al principio, *veremos...*  
y luégo, dije que *sí*:  
pero aún sin firme creencia,  
en su naciente pasion  
me fuí de allí á Sacedon  
para probarle en la ausencia.  
Usted dijo:—«Escribiré,  
si es que no puedo ir allá,»  
y desde entónces acá



- no he vuelto á saber de usted!
- ROB. Pues bien, si no la escribí y á Sacedon no marché, fué porque supe que usted no se acordaba de mí.
- SOLITA. Cómo!
- ROB. Cuando yo pensaba en nuestro amor con delicia, me trajeron la noticia de que usted coqueteaba...
- SOLITA. Qué yo?... (Quién le habrá contado.) Coquetear, ¡Dios Clementé! cuando eso es precisamente lo que nunca me ha gustado! Yo que soy de las primeras en sentir amor sincero y que cuando digo *quiero* es porque *quiero* de verás. Yo que al conceder un sí con él doy todo mi ser!
- ROB. No, pues lo que es á querer no me gana usted á mí. Y en esta cuestion no cejo... y aunque en la duda me abismo hoy la quiero á usted lo mismo, lo mismo que en Marmolejo.
- SOLITA. Es posible!
- ROB. Bien se ve! Sólo á usted mi dicha inmolo; sólo á usted, Solita, sólo, tan sólo, Solita, á usted.
- SOLITA. Basta: convencida estoy de que su amor es sincero; yo tambien á usted le quiero lo mismo que entónces hoy. Roberto!...
- ROB. (Empieza la charla.)
- SOLITA. Hoy ceso ya de sufrir!
- ROB. (Y la otra que va á venir... Si yo pudiera alejarla!)
- SOLITA. Ay, qué dias he pasado!
- ROB. Nuestra dicha se renueva;

pero ántes quiero una prueba  
de que usted no me ha olvidado.  
¿Á que no guarda usted?...

SOLITA. Qué?

ROB. Aquella flor que le dí.

SOLITA. Á que sí!

ROB. Á que no?

SOLITA. Á que sí!

ROB. Á que no la trae usted?...

SOLITA. Ahora mismo! Usted verá;  
estoy de vuelta en seguida. (Se levantan.)

ROB. Venga la prueba pedida  
y así me convencerá.

SOLITA. De su amor en prenda fiel  
guardo aquella flor hermosa.  
Una rosa!... (Como dudando.)

ROB. Sí, una rosa.

SOLITA. (Dudaba si era un clavel.  
(Se dirige puerta primera izquierda.)

Ahora veo la ventaja  
de tener de otros amores  
una coleccion de flores  
marchitas en una caja.)  
Hasta luégo.

ROB. Hasta despues.

SOLITA. Aquí impaciente la aguardo.  
(Qué elegante, qué gallardo,  
y qué simpático es!)  
(Váse primera izquierda.)

## ESCENA VI.

ROBERTO.

Gracias á Dios que se ha ido!  
Jesús, que calamidad!  
Es una fatalidad  
el tener tanto partido.  
Todas, todas son así.  
¿Tengo yo la culpa? No!  
¿Cómo voy á evitar yo  
que se enamoren de mí?

Y esta viudita, no hay duda,  
sin su charlatanería,  
la verdad es, que sería  
aceptable; pero es viuda.

Yo amo el fruto prohibido...

el luchar con los deberes!...

Lástima que las mujeres  
casadas... tengan marido!

Ahí está lo peligroso!

Porque suele acontecer  
que me quiere la mujer  
y me divide el esposo.

Pero aquí no pasará;

si ella resiste á mi táctica  
tengo suficiente práctica  
y al cabo se ablandará.

No hay resistencia posible  
cuando decidido voy.

Bien dicen todas, que soy  
un jóven *irresistible*.

Por si no hallara momento  
de declararme quizá,  
traigo preparada ya  
la carta de reglamento.

(Sacando una carta que guarda en seguida. Sue-  
nan dos golpes de timbre dentro.)

Han llamado! Será? Sí!

Vendrá sola?—Soy dichoso.

Hoy me declaro. Su esposo  
aún estará en Chamberí.

## ESCENA VII.

ROBERTO, MERCEDES, por la primera izquierda.

ROB. Señora...

MERC. Cómo! Aquí usted!

ROB. Vine á tener el honor  
de saludar al doctor;  
pero en casa no la hallé  
y me decidí á esperar...

MERC. (Extraño la pertinacia

- de este hombre!) (Quitándose la mantilla.)  
ROB. Es una desgracia  
que nunca le pueda hallar.  
Ser molesto sentiría...
- MERC. No tal: tome usted asiento!  
Mi esposo vendrá al momento. (Se sientan.)  
(Hay que tener cortesía.) (Con resignacion.)
- ROB. Pues ayer mismo escribí  
á su tío y le espresaba  
lo mucho que celebraba  
el haber estado aquí.
- MERC. Gracias.
- ROB. Y el haber tenido  
ocasion de conocerla...
- MERC. Mil gracias.
- ROB. Y de ofrecerla  
mis respetos.
- MERC. (Qué cumplido!)  
(Abre el cestillo de la labor de Solita y se pone  
á examinarla detenidamente.)
- ROB. Y como él siempre chancero,  
dice que me ha de casar  
porque debo ya dejar  
esta vida de soltero,  
le digo que cederé  
á su instancia peregrina  
si le queda otra sobrina  
que se le parezca á usted.
- MERC. Conque usted, por lo que veo,  
al matrimonio es reacio...
- ROB. Hay que pensarlo despacio;  
es muy grave...
- MERC. Ya lo creo!
- ROB. De mi desgracia depende;  
no he encontrado una mujer  
que me sepa comprender.  
(Á ver si ella me comprende.)  
Una que con frenesí  
mi afecto quiera pagar;  
una que sepa apreciar  
todo el amor que hay aquí.  
Porque yo para querer

MERC. no sabe usted lo que soy. (Con pasion.)  
No. (Ni me importa.)

ROB. (Está hoy  
mucho mas guapa que ayer!)  
Persigo un bien que no alcanzo,  
y el alma con fuego adora!  
Soy un infeliz, señora!  
(Se sonrie: yo me lanzo!)  
Si la pasion que le pinto  
y que es mi tormento ya...

## ESCENA VIII.

DICHOS, D. RUFINO por la derecha.

RUFINO. Mercedes!

ROB. Eh? (Levantándose.)

MERC. Mi papá!

RUFINO. Está por ahí Chindasvinto?

ROB. Cómo?

MERC. No sé. (Presentándole á Roberto.)

RUFINO. Servidor...

MERC. Visita del tio Mariano.

RUFINO. Muy señor mio.—Y mi hermano,  
¿cómo está? Bien?

ROB. Sí señor.

(Cuándo otra ocasion tendré?)

(Vuelven á sentarse Roberto y Mercedes.)

RUFINO. (Yo lo dejé por aquí.)

(Buscando siempre.)

Viene usted de Soria?

ROB. Sí.

RUFINO. Buena mantequilla, eh?

Perdone si le incomodo.

(Mirando en la silla donde está sentado Roberto.)

Aquí está, ya le he encontrado.

Hombre, estaba usted sentado...

ROB. Dónde?

RUFINO. Encima de un rey godo.

MERC. Son cosas de mi papá!

RUFINO. Sí señor, son cosas mias:  
ando enredado estos dias

- con los reyes godos.
- ROB. Ah!  
(Maldito si le entendí!)
- RUFINO. Sentémonos.
- ROB. (Me partió!) (Se sientan los tres.)
- RUFINO. Conque usted es de Soria?
- ROB. No.  
no señor, yo soy de aquí!
- MERC. Con su permiso les dejo. (Levantándose.)
- ROB. Se va usted!
- RUFINO. Te vas, Mercedes?
- MERC. Me esperan; soy con ustedes.  
(Me carga el de Marmolejo!)  
(Váse por la segunda izquierda.)

## ESCENA IX.

D. RUFINO, ROBERTO.

- ROB. (Nada, decididamente  
por escrito me declaro,  
que una carta expone á ménos  
y da mejor resultado.)
- RUFINO. Siéntese usted, don...
- ROB. (Sentándose.) Roberto.
- RUFINO. Conque mi señor hermano  
sin novedad!
- ROB. Tan famoso!
- RUFINO. Ya, ya; parece un muchacho!
- ROB. (Dónde la pondría yo?)  
(Mirando en torno suyo.)
- RUFINO. Se le ha perdido á usted algo?
- ROB. No, no señor...
- RUFINO. Seguirá  
siempre tan bien conservado!...
- ROB. Siempre.
- RUFINO. Nadie al vernos juntos  
dirá que tiene seis años  
más que yo.
- ROB. Seis años?
- RUFINO. Seis!
- ROB. Pues hombre, parece extraño;

- porque usted lo más... lo más...  
tendrá unos cincuenta y tantos...
- RUFINO. Cincuenta y tantos! Ya tengo  
sesenta y cinco muy largos.  
(Roberto coge el cestillo de la labor y se pone á  
examinarlo.)
- ROB. (Justo, aquí entre labor.)  
(Mete la carta en el cestito dejándolo otra vez so-  
bre el velador.)  
Pues da usted á cualquiera un chasco.  
(Me haré amigo del papá,  
que parece campechano,  
y así al marido aunque venga  
con frecuencia no le escamo.)
- RUFINO. Pues yo trabajando siempre.  
Ya le habrá dicho Mariano  
lo del Retiro?
- ROB. El Retiro?  
Ya! Que usted se ha retirado...
- RUFINO. No; si no soy militar.  
Soy civil.
- ROB. Sí, sí; ya caigo!  
Es usted guardia civil.
- RUFINO. Hombre, no: si yo le hablo  
del paseo del Retiro  
que estoy haciendo en un plano  
de relieve y en colores  
sujeto á escala y exacto,  
que ocupa una superficie  
de cinco metros en cuadro.  
Con sus calles y paseos...  
para eso estoy recortando  
estos reyes de carton.
- ROB. Pues ahí es nada el trabajo!  
Será muy digno de verse!
- RUFINO. Llevo en él diez y seis años!
- ROB. Hola!
- RUFINO. Pero por fortuna  
ya está casi terminado.
- ROB. Por lo que veo es usted  
un artista!
- RUFINO. No, no tanto;

pero lo que es para esto  
me ha dado Dios unas manos.  
No puede usted figurarse  
el partido que yo saco  
de cualquier cosa.

ROB. Lo creo.

RUFINO. (Cogiéndole á Roberto el baston y el pañuelo del bolsillo.)

Cogo un palito y un trapo,  
le doy con pintura verde  
y con tres tijeretazos

(Roberto se asusta creyendo que va á cortarle el pañuelo.)

¡zás, zís, zás! ya tiene usted  
una acacia que está hablando.

ROB. (Hablar es!) Pues nada, nada,  
tendré gusto en admirarlo.  
Son obras que me deleitan!

RUFINO. ¿Es usted aficionado?

ROB. Muchísimo!

RUFINO. Pues entonces  
le enseñaré mi trabajo.

ROB. Sí señor, y yo tendré  
mucho gusto en contemplarlo. (Se levantan.)  
Las obras de arte me encantan.

RUFINO. (Es un jóven muy simpático.)

ROB. (Le diré que es un portento  
aunque sea un mamarracho.)

## ESCENA X.

DICHOS y SOLITA: por la primera puerta izquierda.

SOLITA. Ya estoy de vuelta.

RUFINO. Solita!

SOLITA. (Á Roberto.) (Mire usted la flor, ingrato.  
Con el calor de mi seno  
la infeliz se ha marchitado!)

ROB. (Bueno, pues tírela usted.  
Yo le enviaré á usted un ramo.)

SOLITA. (La guardaré eternamente!) (Siguen hablando.)

RUFINO. (Qué estarán estos hablando?)



No, pues como él la dé cuerda  
ya tenemos para rato!)  
ROB. (Basta! Quedo convencido!)  
SOLITA. (De veras?)  
ROB. (Y entusiasmado!)  
RUFINO. Conque, ¿vamos, don Roberto?  
ROB. Sí, cuando usted guste, andando.  
RUFINO. Voy á enseñarle el Retiro. (A Solita.)  
SOLITA. Y Mercedes?  
RUFINO. En su cuarto.  
SOLITA. Pues voy adentro.  
RUFINO. Hasta luégo.  
Nada de cumplidos... (Á Roberto.) Vamos!  
(Vánse D. Rufino y D. Roberto por la derecha.)

## ESCENA XI.

SOLITA, sola, contemplando la flor.

Infeliz! La creyó suya.  
Dios me perdone el engaño!  
Pobre rosa!  
(Hace ademan de tirarla, pero se detiene )  
Pero no!  
La guardaré por si acaso.  
(Va á guardar la rosa en el cestito y ve la carta.)  
Calle! Qué es esto? Una carta!  
De quién podrá ser? Veamos.  
(Mira la firma.)  
De Roberto! No me explico...  
Por qué no me habrá indicado  
que dejaba aquí?...

## ESCENA XII.

DICHA, MERCEDES, por la segunda izquierda.

MERC. Solita!  
SOLITA. Ah!  
MERC. Gracias á Dios que al cabo  
doy contigo!

- SOLITA. (Sin leer la carta.) (No lo entiendo!)  
MERC. Que es eso?  
SOLITA. Que me he encontrado  
esta carta en el cestillo  
de la labor!
- MERC. Es extraño!  
Y de quién es?
- SOLITA. De Roberto!  
Ahora acabamos de hablarnos,  
no sé qué podrá decirme.
- MERC. Pues míralo.  
SOLITA. Sí, leamos.  
(Leyendo) «Yo la adoro á usted, señora,  
»y el temor sella mi labio.»  
¿Á qué vendrá este temor?  
Pues ántes habló bien claro.
- MERC. Sigue.  
SOLITA. «Que diga la pluma  
»todo lo que yo me callo.»  
Esto es que quiere casarse;  
siempre les cuesta trabajo  
el decirlo de palabra...  
Pues si él lo quiere, aceptado.
- MERC. Harás muy bien.  
SOLITA. «En la lumbre  
»de sus miradas me abraso,  
»y aunque quisiera, no puedo  
»resistir á sus encantos.»  
—Parece una poesía:  
no hay duda que le he inspirado.  
«Sirva el amor de disculpa  
»á la audacia de este paso.»  
Es chocante!
- MERC. Sigue, á ver...  
SOLITA. «Para el amor no hay obstáculos.  
»Sí, bellísima... Mercedes!»
- MERC. Cómo? Qué dices!  
SOLITA. Dios santo!  
Esta carta es para tí!
- MERC. Cómo! Para mí?  
SOLITA. Está claro!  
Lée y te convencerás.

- (Coge Mercedes la carta.)  
Quién había de esperarlo!
- MERC. Es para mí; ya no hay duda.  
Qué pensaría ese fátuo!...  
(Va á romperla.)
- SOLITA. No, no la rompas, por Dios!
- MERC. Sí, que esto mancha las manos.
- SOLITA. Es el cuerpo del delito (Quitándosela.)  
y juro que ha de tragarlo!
- MERC. Como yo no sospechaba!...  
No en balde me es antipático!
- SOLITA. Y yo, inocente, que no  
sospechaba sus engaños!  
(Se oye dentro la voz de Andrés.)
- MERC. Calla! Mi marido!
- SOLITA. Sí?
- Me alegro! Voy á contárselo.
- MERC. No por Dios!

### ESCENA XIII.

DICHOS, ANDRÉS, por la primera izquierda.

- ANDRES. (Pues señor, bien.  
Dé usted un paseo muy largo  
y hállese con que no existe  
tal enfermo ni tal diablo!)  
(Dejando el gaban y el sombrero sobre una silla  
del foro.)
- MERC. (Que no!)
- SOLITA. (Que sí!)
- MERC. (Te lo ruego!  
No demos lugar acaso  
á un disgusto!)
- ANDRES. Qué sucede?
- MERC. Nada!
- SOLITA. Mucho! No me callo!  
No sabe usted lo que pasa?
- ANDRES. No: qué sucede? sepamos!
- MERC. No se la dés...
- SOLITA. Lea usted,



- Ay! Qué sangre tiene usted!
- ANDRES. Yo sé bien lo que me hago...
- MERC. Tienes razon; ni aún merece  
la pena de disgustarnos...  
No se atreverá á volver!
- SOLITA. Como que no se ha marchado!
- ANDRES y MERC. No?
- SOLITA. Si está con tu papá,  
viendo el Retiro en su cuarto.
- MERC. Dios mio!
- ANDRES. De veras?
- SOLITA. Sí.
- ANDRES. Mejor, me ahorra el trabajo  
de ir á buscarle.
- MERC. Qué intentas?
- ANDRES. Ya verás.
- MERC. (Estoy temblando!)
- SOLITA. Doctor, mátemelo usted!
- ANDRES. Para qué? No es necesario.  
Que viva para escarmiento  
de esa cáfila de zánganos  
que no respetando nada,  
ni aún lo que hay de más sagrado,  
piensan que un marido es  
una especie de espantajo  
del que impunemente pueden  
burlarse como los pájaros.
- MERC. Un duelo!
- ANDRES. Qué tontería!
- SOLITA. Lo merece!
- ANDRES. Ni pensarlo.  
Me batiré con mis armas  
y sin dar al mundo escándalo.
- SOLITA. Cómo?
- ANDRES. Nos divertiremos  
á costa del mentecato.
- SOLITA. El sale.
- ANDRES. Vengan ustedes.
- MERC. Pero...
- SOLITA. Qué?
- ANDRES. Silencio! Vamos!
- (Vánse los tres por la segunda puerta izquierda.)

- ROB. (Desde la puerta derecha.)  
No, no se moleste usted;  
continúe su trabajo.
- RUFINO. (Dentro.) Ya sabe dónde me tiene.
- ROB. Gracias.—Beso á usted la mano.

## ESCENA XIV.

ROBERTO, luégo SOLITA.

- ROB. No hay nadie y no está el cestillo  
en donde lo puse yo.  
Veamos. (Buscando en el cestillo.) Ya la cogió!  
La suerte me ayuda.
- SOLITA. (Desde la puerta izquierda.) (Ah pillo!)
- ROB. Pero no estoy satisfecho  
aunque la cosa esté clara  
mientras no vea en su cara  
el efecto que le ha hecho.  
Volveré mañana, sí:  
este asunto necesita  
calma.  
(Se dirige puerta primera izquierda.)
- SOLITA. (Saliendo.) Roberto!
- ROB. Solita!
- SOLITA. Usted todavía aquí!  
Jesús! esto es vergonzoso!  
¿No sabe usted lo que pasa?
- ROB. Qué pasa?
- SOLITA. Que hay en la casa  
un escándalo espantoso!  
Que el doctor há poco ha hallado  
una carta que han escrito  
á Mercedes!
- ROB. (Dios bendito!)  
Pero dónde la ha encontrado?
- SOLITA. Dice que ella la tenía  
oculta entre la labor.
- ROB. (La mia!)
- SOLITA. Y está el doctor!...
- ROB. (No cabe duda; la mia!)
- SOLITA. Ya ve usted si el caso es grave!

ROB. Y quién es?

SOLITA. No la he leído.

Pero lo sabe el marido.

ROB. Cómo! El marido lo sabe? (Asustado.)

SOLITA. Lo sabe y quiere buscar al necio que la escribió.

ROB. Sí? (Pues el necio soy yo!)

SOLITA. Dice que lo va á matar!

ROB. (Caracoles! Yo me largo!)

Con su permiso, Solita.

SOLITA. Ay! No oye usted cómo grita?

ROB. Sí, sí, si ya me hago cargo.

SOLITA. Hará cualquier disparate; es un hombre muy celoso, y se ha puesto tan furioso que temo hasta que la mate. Por la paz del matrimonio, Roberto, ayúdeme usted... Venga á contenerle...

ROB. Qué?

Que le contenga el demonio!

SOLITA. Pues avisaré al papá.

ROB. Está bien; yo no me atrevo.

Comprenda usted que no debo...

SOLITA. Adios! (Me las pagará!)

(Váse por la derecha.)

(Óyese á Andrés que grita dentro. Cuide el actor de no gritar tanto que impida oír lo que se dice en escena.)

ROB. Pues señor, yo me conozco;

(Poniéndose el sombrero.)

no quiero dar ocasion á una segunda edicion del lance de la de Orozco.

(Va á salir por la primera puerta izquierda, á tiempo que por la misma entra Andrés.)

ANDRES. Yo sabré buscar al infame! Sólo en sangre pueden lavarse ofensas de esta especie! Señora, no se disculpe usted! Es inútil cuanto me diga! Los dos sufrirán el peso de mi venganza! Esto es inicuo! Y para esto le he dado á usted mi mano! Ya es hora de que se venga un marido ultrajado! Voy á matar á ese miserable!

## ESCENA XV.

ROBERTO y ANDRÉS que entra gritando y se sorprende al verle.

ANDRES. Yo sabré encontrarle, sí;  
he de matar al villano!

ROB. Ay!

ANDRES. Eh? (Como reparando en él.)

ROB. Beso á usted la mano.

ANDRES. Cómo! Estaba usted aquí!  
Al entrar... dispense usted...  
Un disgusto... Yo lamento...  
Pero tome usted asiento...

(Figurando serenarse.)

ROB. Gracias: estoy bien de pie.  
(No sabe quién soy sin duda.)

ANDRES. Ayer su papá me dijo...

ROB. ¿Mi papá?

ANDRES. No es usted el hijo  
del marqués de Torreaguda?

ROB. (Ah!) Sí señor! (Me he salvado!)

ANDRES. Ya su papá me explicó  
lo que usted padece.

ROB. Yo?

ANDRES. Sí, sí, ya estoy enterado.

ROB. (Me toma por un cliente!) (Muy alegre.)

ANDRES. Pues nada, vamos á ver  
lo que es necesario hacer.

(Se sientan y Andrés se acerca á Roberto como  
reconociéndole los ojos.)

Veré detenidamente.

ROB. (En los ojos está el mal!)

ANDRES. Si; se nota desde aquí!

(Separándose.)

Justo, es el derecho.

ROB. Sí!

(Ó el izquierdo, me es igual!)

ANDRES. Amigo mio, estas cosas  
de la vista no parecen  
de importancia, y luego ofrecen



cuidado ; son peligrosas.

(Reconociéndole de nuevo.)

Vaya! pues la enfermedad  
es grave! (Se levanta y va hacia la mesa.)

ROB. Sí?

ANDRES. Si señor!

ROB. (Y dicen que es el doctor  
una notabilidad!) (Irónicamente.)

ANDRES. Nada, cuanto más lo veo  
lo juzgo mas evidente.

La operacion es urgente!

ROB. La operacion? (Levantándose )

ANDRES. Ya lo creo!

(Buen susto se va á llevar.)

(Saca de un estuche de cirujía un bisturí.)

ROB. (Aterrado al verlo )

Pues á eso no me decido.

ANDRES. (El imbécil ha creído  
que yo le voy á operar!)

No es nada.

ROB. (Virgen María!)

ANDRES. Vamos. (Deja el bisturí y se acerca á Roberto.)

ROB. (Qué apuro!) Doctor...

(Conteniéndole.)

No será mucho mejor  
dejarlo para otro día?

ANDRES. De ningun modo: urge ya!

(Acercándose. Roberto retrocede asustado.)

Es cobarde con exceso:

bien dice su papá.

ROB. (En eso

no le ha engañado *papá!*)

Doctor! (Suplicante.)

ANDRES. Lo he determinado:

su papá lo manda así,

y usted no sale de aquí

sin que yo le haya operado.

(Le sienta en un sillón y saca del armario un fras-  
quito en cuyo contenido empapa un pañuelo )

(El cloroformo! Y despues

que averigüe que pasó!)

ROB. (Muy asustado.) (Como le digo que no

- soy el hijo del marqués?)
- ANDRES. Vamos.
- ROB. No, no me conformo.  
(El doctor se acerca y le aplica á la nariz el pa-  
ñuelo.)  
Eh! Doctor!
- ANDRES. Estése quieto!  
(El susto ha de ser completo.)
- ROB. (Haciendo visajes como si quisiera contener un  
estornudo.)  
Puf! Qué es eso?
- ANDRES. Cloroformo!
- ROB. Por favor!
- ANDRES. Si ya lo ha olido!  
Ya no hay remedio!
- ROB. (Ay! Qué bruto!)
- ANDRES. Antes de medio minuto  
perderá usted el sentido.  
(Sigue aplicándole el pañuelo á la nariz, á lo que  
Roberto quiere resistirse.)  
Ahora á operar.
- ROB. No!
- ANDRES. Más calma!
- ROB. Si es que yo...
- ANDRES. Separe el brazo.  
Sólo es cuestion de un pinchazo.
- ROB. Ay, Dios mio... de... mi... alma!  
(Desmayándose.)

## ESCENA ÚLTIMA.

- DICHOS, SOLITA y MERCEDES, que han presenciado  
la escena anterior desde las puertas.)
- ANDRES. Mercedes! Solita! Aquí!  
Que la farsa no comprenda.  
Á ver, á escape, una venda  
antes de que vuelva en sí.  
En el armario...
- SOLITA. (Sacándola.) Aquí está.
- ANDRES. De esta le escarmentaré.
- SOLITA. Deje usted, yo la ataré

y no se desatará.

(Poniéndole la venda muy fuerte sobre el ojo derecho.)

ANDRES. Se llevó un susto y no flojo! (Riendo.)

RUFINO. (Saliendo.)

Qué es eso? Algun golpe?

SOLITA. Quiá!

ANDRES. No se asuste usted, papá,  
que no es nada lo del ojo!

(Cuadro.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion. Es de noche. Sobre la mesa de despacho una lámpara y encima del velador ó del mueble del foro una palmatoria con bujía.

### ESCENA PRIMERA.

D. RUFINO y luégo PACA.

RUFINO. Nada, por más que cavilo  
yo no me explico este embrollo.  
Él estaba bueno y sano  
y me lo encuentro de pronto  
desmayado en esa silla  
con una venda en un ojo.  
Les pregunto qué ha ocurrido  
y me responden tan sólo  
que me calle y que me espere,  
y que ya lo sabré todo.  
¿Qué es eso?

(Viendo á Paca que sale por la segunda izquierda  
con una taza de tila.)

PACA. (Saliendo.) Tila y azahar.

RUFINO. Me alegro, que estoy nervioso.

PACA. Si no es para usted!

RUFINO. Que no?

PACA. No señor, es para el otro.

RUFINO. Ya! Para el enfermo!

PACA. Sí.

Y dígame usted, á propósito...  
Qué han hecho á ese señorito?

RUFINO. Tú no lo sabes tampoco?

Pues, hija, estamos iguales.

PACA. Yo llegué á casa á las ocho  
y lo ví en el gabinete  
vendado y con un soponcio.  
Volvió en sí, y el señor dijo:  
«Se irá usted á su casa pronto;  
no se toque usted la venda  
y tranquilícese un poco.  
No he podido remediarlo...  
y luego despues de todo  
el ojo estaba perdido.»

RUFINO. Que estaba perdido el ojo!

Pero señor, si los dos  
los tenía tan hermosos!  
Anda, anda, lleva la tila,  
porque yo me vuelvo loco.

PACA. (Indudablemente aquí  
ha pasado algo muy gordo.)  
(Váse por la puerta de la derecha.)

## ESCENA II.

D. RUFINO, PACA, sin la taza, cruza la escena y váse  
puerta segunda izquierda. Luego ANDRÉS por la derecha.

RUFINO. Nada! que no me lo explico  
y yo ya estoy no sé cómo!  
Ántes quise trabajar  
para distraerme un poco  
y puse la Fuente Egipcia  
en vez del Observatorio.  
Andrés sale.

ANDRES. (Dirigiéndose hácia dentro.)  
Nada, nada;  
tranquilidad y reposo.

RUFINO. Qué tal está?

ANDRES. (Riéndose.) Sigue bien!

RUFINO. Y te ries de ese modo!  
Pues, la verdad, me parece  
que el lance no es muy chistoso.

ANDRES. (No conviene que este sepa...)  
Dice usted bien, lo conozco,  
pero ¿qué le voy á hacer?  
Estaba algo tembloroso...  
se me escapó el bisturí  
y le eché á perder un ojo.

RUFINO. Hombre! Qué barbaridad!  
Así sois todos vosotros!  
Qué médicos! Dios me libre!  
Y está el pobrecito solo?  
Voy á consolarle!

ANDRES. Bueno.  
Dígale usted.—¡Qué demonio!—  
que no es el único tuerto  
del mundo.

RUFINO. Cállate, monstruo!  
(Váse por la derecha.)

### ESCENA III.

ANDRÉS.

En mal hora vino á casa  
ese Juanito Tenorio.  
Á que ya no se propasa?  
Dos horas hace que pasa  
las penas del purgatorio.

### ESCENA IV.

DICHO, SOLITA y MERCEDES, que entran discutiendo  
por la segunda puerta izquierda.

SOLITA. No digas que es demasiado,  
porque todo lo merece. (Á Mercedes.)

ANDRES. Qué es eso?

MERC. Que me parece  
muy mal haber prolongado  
esa situación cruel.

- ANDRES. Convengo en que es algo dura,  
pero más se me figura  
la que preparaba él.
- MERC. Para castigar al necio  
el desprecio es lo mejor.
- ANDRES. El desprecio! No señor!  
No es suficiente el desprecio!
- SOLITA. Eso es lo que yo le digo.  
¿Qué ha de bastar? Bueno fuera!  
Si de mi cuenta corriera  
otro sería el castigo!  
Su accion,—no te quepa duda,—  
ha sido inícuca y menguada.  
Pretender á una casada...  
y burlarse de una viuda!  
Yo ya,—si fuera el doctor,—  
le estaba desafiando,  
porque si no, ¿para cuándo  
quedan los lances de honor?
- MERC. No! por Dios!
- ANDRES. Qué tontería!  
No estoy por duelos, señora!  
En todo duelo se llora  
y prefiero la alegría.  
Nada! No salgo de aquí!  
Nadie mi opinion me quita.  
Yo no manejo, Solita,  
más arma que el bisturí.  
El duelo será un artículo  
de necesidad, lo creo;  
mas para esto yo no veo  
un arma como el ridículo.  
Un duelo importancia da!  
Mejor táctica es la mía;  
el duelo lo contaría,  
esto no lo contará.
- MERC. Dices bien.
- SOLITA. Vaya, no estamos  
de acuerdo en eso, Mercedes.
- ANDRES. Él sale. Váyanse ustedes.
- MERC. Sí; no quiero verle!  
(Váse por la izquierda.)



SOLITA. (Id.)

Vamos!

## ESCENA V.

ANDRÉS, D. RUFINO, y del brazo de éste ROBERTO  
con la venda puesta, pálido y místico.

ROB. (Si lo habrá sabido ya?)

RUFINO. (Por qué no querrá este hombre  
que le llame por su nombre?)

ANDRES. Vamos, venga usted acá!

Desdichada operacion!

La primera que equivoco.

Le duele á usted mucho?

ROB.

Un poco.

ANDRES. (Lo que puede la aprension!)

ROB. Yo me quisiera marchar,  
doctor; en casa podría...

ANDRES. No es prudente todavía,  
y ántes tenemos que hablar.

ROB. Bueno, bien, como usted quiera.

ANDRES. Vamos, tome usted asiento.

(Le sientan en la butaca sobre la que estará la  
canastilla de la labor de Mercedes. Roberto dá un  
salto como si sintiera un pilchazo.—D. Rufino  
quita la canastilla.)

Soy con usted al momento.

ROB. (Cuándo me verá yo fuera!)

ANDRES. Tome usted.

(Ap. á D. Rufino dándole una carta.)

RUFINO. ¿Qué es eso?

ANDRES. (Nada;

una carta para mí.

Guárdesela usted.

RUFINO. Yo?

ANDRES. Sí.

RUFINO. Hombre, si aún está cerrada.

ANDRES. Es que la debo leer  
más tarde.

RUFINO. Pues no lo entiendo.

ANDRES. Me la dará usted diciendo  
que la acaban de traer.

RUFINO. Bueno, pero has de avisar...

ANDRES. Yo le diré cuándo, sí.  
A nde usted.)

RUFINO. (Qué pasa aquí  
que no me puedo explicar?)  
(Váse por la primera izquierda.)

## ESCENA VI.

ANDRÉS y ROBERTO. Cierra Andrés las puertas de  
la izquierda.

ANDRES. Ya estamos solos los dos.  
(Con gravedad y sentándose á su lado.)  
Tanta precaucion no extrañe,  
que lo que al honor atañe  
exige reserva.

ROB. (Ay Dios!)

ANDRES. Á ser tiene usted derecho  
de mi honda pena testigo:  
y en prueba de lo que digo,  
voy á abrirle á usted... (Roberto se asusta.)  
mi pecho!

ROB. (Ah!)

ANDRES. La cuestion es muy grave  
y el término problemático;  
pero me es usted simpático. (Con afabilidad.)

ROB. (Ay! Respiro! No lo sabe!)

ANDRES. Y debo una explicacion  
franca, sincera y leal,  
de mi estado excepcional  
al hacer la operacion.  
Me resultó desgraciada  
y de lamentar no dejo...

ROB. No, no, si yo no me quejo!  
Ya ve usted, no he dicho nada!

ANDRES. Sin embargo, es mi deber.  
Estaba fuera de mí...  
y se me fué el bisturí!

ROB. Pues qué le vamos á hacer!

ANDRES. No quiero pensarlo más!

ROB. Dice usted muy bien! Ni yo!

ANDRES. Es usted casado?

(Dando intencion á la pregunta.)

ROB. No!

ANDRES. No se case usted jamás!  
Ni aun confiando en su estrella!  
No basta encontrar esposa  
honrada, amante y virtuosa  
para ser feliz con ella.  
Que aunque se llegue á lograr  
ventura, paz y reposo,  
nunca falta un envidioso  
de la dicha del hogar,  
que para aumentar la lista  
de tanta infamia intentada,  
en la mujer más honrada  
ve segura otra conquista.  
Y necio, al par que atrevido,  
y seguro de vencer,  
asediando á la mujer  
pisa el honor del marido;  
ente despreciable y vil  
cuyo exterminio comprendo!

ROB. (Pues señor, me está poniendo  
como hoja de perejil!)

ANDRES. La bilis tengo alterada!  
—Usted dirá, por supuesto,  
que á qué viene todo esto?

ROB. No señor, no digo nada.

ANDRES. Pues bien, oiga usted la historia,  
y en su reserva confío.  
Mi señora tiene un tío.

ROB. Sí?

ANDRES. Sí, tiene un tío en Soria.  
Un jóven nos trajo ayer  
visita suya; hoy ha vuelto  
y ha pretendido, resuelto,  
conquistar á mi mujer.  
Y si se hubiera lanzado  
de palabra el pobrecito...  
¡pero lo ha hecho por escrito  
y yo la carta he encontrado!  
Me irritó tal villanía!

- Llegó usted cuando acababa de descubrirla, y estaba... juzgue usted cómo estaría! Y aquí tiene usted la historia del por qué me hallaba así!
- ROB. (Y me está contando á mí lo que me sé de memoria!)
- ANDRES. Pero aunque la ira me abrasa, ya el no hallarle no me inquieta, pues tengo aquí una tarjeta con las señas de su casa; y le juro á fé de Andrés que de mí se acordará.
- ROB. Le conoce usted quizá? (Dándole la tarjeta.)  
No señor, no sé quién es.  
(Va á guardar la tarjeta cuando el doctor se la coge.)  
Ah!
- ANDRES. Y ahora pienso ir á castigar su cinismo. (Se levantan.)
- ROB. Calma, doctor.
- ANDRES. Ahora mismo!  
Si lo voy á dividir!  
Ya estoy preparado.
- ROB. (Aterrado.) Eh?
- ANDRES. Calma, volveré al momento.
- ROB. No, doctor, no lo consiento, no se comprometa usted.
- ANDRES. No se inquiete usted por mí, yo sabré ponerle á raya.
- ROB. (Después de todo, que vaya! No me ha de encontrar allí!)
- ANDRES. Cuando yo en cólera monto!...
- ROB. Sí, señor, sí, me hago cargo!  
(En cuanto salga me largo.)
- ANDRES. Estaré de vuelta pronto.  
No paga el tal don Roberto el disgusto que me dió.  
Ser él causa de que yo le haya dejado á usted tuerto!
- ROB. Pero hombre, no habrá manera de que no me quede así?

ANDRES. Lo dificulto; por mí...  
ya ve usted, yo bien quisiera.

ROB. Ay!

ANDRES. Quedará ménos mal;  
yo por mi cuenta lo tomo,  
y quizá se arregle...

ROB. Cómo?

ANDRES. Con un ojo de cristal.  
(Váse por la primera izquierda.)

## ESCENA VII.

ROBERTO.

Tuerto! Pues me he divertido!  
y que siempre á mí me pase  
algo por ser atrevido!

Es claro, si no he nacido  
para líos de esta clase.

(Yendo á la puerta primera izquierda que ha de-  
jado cerrada el doctor.)

No espero aquí el resultado.

Ay Dios mio! Esto es más grave!

No hay duda, estoy encerrado.

Iba tan preocupado  
que echó por fuera la llave!

Si yo pudiera saltar...

Suceda lo que suceda!...

(Acercándose al balcon y midiendo la altura con  
la vista.)

Qué! Si me voy á estrellar!

Pues señor, bien; no me queda  
más remedio que esperar.

El tal viaje á Soria ha sido

causa de lo sucedido;

esta visita maldita!

¿Por qué se me habrá ocurrido  
el hacer esta visita?

¿Por qué me atrae el amor?

¿por qué siempre se me escapa  
lo que preparo mejor?

Y por qué será tan guapa

la señora del doctor?  
Muy guapa! Feliz sería  
si su voz encantadora...  
Pero señor, qué manía!  
Pues no pienso todavía  
en que es guapa esa señora!  
Desde hoy me he de dominar.  
Sí; yo prometo la enmienda  
si de esta logro salvar.  
Y bonito voy á estar  
cuando me quite la venda!  
Aunque siga siendo amable  
y simpático y gentil,  
cuando á alguna jóven hable  
sólo estaré presentable  
poniéndome de perfil!  
Ya no lograré jamás  
lo que logré tiempo atrás;  
pues por mucha luz que irradie,  
¡ya no conquistaré á nadie  
con un ojo nada más!

## ESCENA VIII.

DICHO, SOLITA, que abre la segunda puerta izquierda  
y entra sigilosamente hasta colocarse detrás de Roberto.

SOLITA. Roberto!

ROB. (Gran Dios! Solita!  
Sólo me faltaba esto!)

SOLITA. Qué tal? Cómo sigue usted?  
Ya me han contado el suceso.  
Qué desgracia tan sensible!  
Qué descuido tan tremendo!  
Qué falta de prevision!  
Pero Dios mio, qué médicos!  
¿Tiene usted muchos dolores?  
Habrá punzadas; ¿no es eso?  
Pobrecito! Ha sido un caso  
atroz, horrible, funesto!  
No puede usted figurarse

- ROB. cómo me quedé al saberlo!  
(Esta ignora lo más gordo.  
Pues señor, del mal el ménos.)
- SOLITA. Pero qué tenía usted?  
porque lo que es por su aspecto  
no se conocía nada!
- ROB. Claro!
- SOLITA. Unos ojos tan buenos,  
tan rasgados, tan brillantes,  
tan expresivos, tan negros!...
- ROB. Gracias.
- SOLITA. Ay Roberto!
- ROB. No!  
no me llame usted Roberto!
- SOLITA. Que no le llame? Y por qué?
- ROB. Ya se lo diré á su tiempo...  
Vaya, me voy.
- SOLITA. Se va usted?
- ROB. Me voy á tomar el fresco.
- SOLITA. No, de ninguna manera; (Conteniéndole.)  
puede empeorar con eso;  
el doctor lo ha prohibido...  
y yo no se lo consiento.
- ROB. (Pues señor, bien!)
- SOLITA. ¿Se va usted  
por ventura suponiendo  
que despues de esa desgracia  
he de quererle yo ménos?  
No señor, muy al contrario...  
Hoy doblemente le quiero.
- ROB. Gracias.
- SOLITA. Pensaba algun dia  
de mi amor en los ensueños  
feliz mirarme en sus ojos,  
mas ya que en los dos no puedo,  
le expresaré mi cariño  
mirándome en el izquierdo.  
Sí, Roberto!
- ROB. Por favor!  
no me nombre, se lo ruego!
- SOLITA. Es verdad, me he distraido,  
dispéñseme usted, Roberto.

- ROB. Señora!
- SOLITA. Con esa falta,  
que yo como usted lamento,  
tal vez las demás mujeres  
le encontrarán á usted feo.
- ROB. Cree usted?...
- SOLITA. Claro que sí.  
Pero ¿y qué? Si yo le encuentro  
más simpático que nunca?  
La venda le da un aspecto  
de dulce melancolía,  
de interesante misterio!  
Y además, eso qué importa?  
¿No pintan al amor ciego?  
Pues más cerca de Cupido  
está usted desde que es tuerto.
- ROB. Señora!
- SOLITA. Se ofende usted!
- ROB. No señora, no me ofendo;  
pero no es esta ocasión  
oportuna de floreos.
- SOLITA. Ay! Tranquilícese usted!  
Cómo ha cambiado su genio!  
Eso es que está usted nervioso!
- ROB. Muy nervioso! Ya lo creo!
- SOLITA. Nada, pues calma, por Dios!  
que las cuestiones de nervios  
las conozco bien y nadie  
como yo sabe el remedio.  
Tila, tila, mucha tila!  
Voy por una taza y vuelvo.  
(Váse segunda izquierda.)

## ESCENA IX.

ROBERTO.

Qué calamidad! Dios mio!  
Qué mujer! es un mareo!  
Para escuchar tonterías  
estoy yo en estos momentos!



## ESCENA X.

DICHO, PACA, por la segunda izquierda.

- PACA. Señorito! (Con misterio.)  
ROB. Paca!  
PACA. Estoy  
completamente atontada!  
Qué es esto que no sé nada?  
Qué ha sucedido aquí hoy?  
ROB. Ay Paca! Que me han partido!  
PACA. Que le han partido? Es de veras?  
ROB. Ay Paca! si tú supieras  
todo lo que ha sucedido!  
Las observaciones tuyas  
no sirvieron de provecho.  
PACA. Ay, señorito! usted ha hecho  
aquí alguna de las suyas!  
ROB. Ay Paca!  
PACA. En todo este asunto  
de fijo anda la señora:  
no me lo niegue usted ahora  
porque ya me lo barrunto.  
ROB. Celebro que lo barruntes;  
tú la consecuencia saca;  
no me lo preguntes, Paca;  
Paca, no me lo preguntes.  
Y cuando estoy de este modo  
acaso tranquila duermo!  
Ni siquiera ha entrado á verme  
cuando es la causa de todo.  
Su esposo en su obcecacion  
á poco me deja ciego;  
sólo me falta que luégo  
me cobre la operacion.  
PACA. Él en eso no repara,  
es muy desinteresado.  
ROB. Sí? Pues á mí me ha costado...  
PACA. Cuánto?  
ROB. Un ojo de la cara.  
Como siempre por mi arrojito

- todo esto me sucedió...
- PACA. No en balde le dije yo  
que tuviera usted mucho ojo!  
Si hiciera caso de mí...
- ROB. Desde hoy te he de obedecer.  
Dí, ¿no podrías hacer  
que yo saliera de aquí?
- PACA. Yo? No señor!
- ROB. Hay alguna  
dificultad? Pues qué pasa?
- PACA. Ya he salido de otra casa  
por usted; basta con una.
- ROB. Mi vida en tu mano tienes!
- PACA. No puede ser.
- ROB. Por favor!
- (Suena la llave de la cerradura.)
- PACA. Silencio! Ahí viene el señor.  
No me meta usted en belenes!  
(Váse rápidamente por la segunda izquierda.)

## ESCENA XI.

ROBERTO y ANDRÉS, luego D. RUFINO.

- ANDRES. Fué inútil el molestarme!  
No he encontrado en casa al tal  
mequetrefe!
- ROB. (Es natural;  
¿cómo había de encontrarme?)
- ANDRES. Y, la verdad, no lo siento,  
pues si con él llego á dar!...  
Como no sé dominar  
este carácter violento...  
Mas ya me tranquilicé  
y desprecio al desdichado.
- ROB. Sí señor, muy bien pensado;  
nada, desprécielo usted.  
(El doctor hace señas á D. Rufino para que entre.)
- RUFINO. (Que entre? Me dice que sí,  
cumpliré mi cometido.)  
Esta carta que han traído

ahora mismo para tí.

ANDRES. Con permiso. (Á Roberto.—Abre la carta.)

RUFINO. (Qué será?)

Al cabo me enteraré.)

ANDRES. Si es de su papá de usted!

ROB. (Me mató!)

RUFINO. (De su papá?)

ANDRES. «Queridísimo doctor:

Hoy de su amistad exijo  
que venga á ver á mi hijo,  
porque está mucho peor.»

RUFINO. (Eh?)

ROB. (Ay! No sé qué me pasa!)

ANDRES. «No le es posible salir  
y tiene usted que venir  
á reconocerle á casa.»

Qué es esto?

ROB. Nada, que no...

Cómo me estaba doliendo...

Diré á usted...

ANDRES. Pero no entiendo...

RUFINO. (Quien no lo entiende soy yo!)

ROB. (Vamos, ya encontré manera!)

Pues sí, me agravé y papá  
al verme así... claro está...

Lo quería que saliera...

(Ya salí!) Pero el dolor  
conocí que iba en aumento  
y dije: «en este momento  
me voy á ver al doctor...»  
y por no alarmarle...

ANDRES. Ya!

ROB. Sin decir nada, salí...

y por eso estoy aquí  
sin que lo sepa papá.

ANDRES. Vamos, usted ha querido  
evitarle la impresion  
triste de una operacion.

ROB. Sí señor, por eso ha sido.  
Tengo un padre tan amante...

ANDRES. Ha hecho usted perfectamente.  
(Y con qué frescura miente

- el grandísimo tunante!)  
**RUFINO.** (Yo los sesos me devano!  
esto qué tendrá que ver  
con la visita que ayer  
ha traído de mi hermano?)  
**ROB.** (Al fin encontré salida.)  
Pues, doctor, con su permiso...  
**ANDRES.** Sí señor, sí, ya es preciso  
marchar á casa en seguida.  
**ROB.** Sí, sí; me voy al momento...  
**ANDRES.** No, que el fresco de la noche...  
Yo le llevaré en mi coche.  
**ROB.** No señor, no lo consiento.  
**ANDRES.** Debo explicarle al papá...  
**ROB.** (Santo Dios!)  
**ANDRES.** Lo que ha ocurrido,  
y despues de haberme oído  
mi falta disculpará.  
Y ántes verá el resultado  
de la operacion:—¿quién sabe?  
quizá no sea tan grave  
como yo me he figurado.  
Á veces no hay quien entienda...  
**ROB.** Quiéralo el cielo, doctor!  
**ANDRES.** Á ver: haga usted el favor  
de alumbrar.  
(Hace sentarse á Roberto, que, como recordando  
el pinchazo anterior, mira ántes el asiento. Don  
Rufino alumbra con la bujía de la palmatoria y el  
doctor quita la venda á Roberto.)  
Fuera la venda!  
Tal vez podamos lograr...  
**ROB.** Soy dichoso! Veo! veo!  
(Con exagerada y cómica alegría y tapándose con  
una mano el ojo izquierdo para convencerse que  
ve con el derecho.)  
**ANDRES.** Cómo! Ve usted?  
**ROB.** Ya lo creo!  
**ANDRES.** Hombre... vamos á probar.  
**ROB.** Veo! (Á D. Rufino.)  
**RUFINO.** Celebro que así  
usted la vista recobre.

- ANDRES. (Presentando á Roberto una carta.)  
Á ver qué dice este pobre  
enfermo de Chamberí?
- ROB. (Aterrado.) (Mi carta!)
- ANDRES. Ve usted?
- ROB. (Qué horror!  
he caido en el garlito!)
- ANDRES. Y á ver este billetito  
que estaba en la labor!  
(Mostrándole la otra carta.)
- ROB. Ay! (Me mata!)
- ANDRES. Al fin logré  
que pudiera usted ver claro.
- ROB. Es que... yo... (Levantándose muy turbado.)
- RUFINO. (Qué hombre más raro!  
¿No se asusta de que ve?)
- ANDRES. (Otra vez, le dejo tuerto  
de veras!) (Ap. á Roberto.)
- ROB. (Dios bondadoso!)

## ESCENA XII.

DICHOS, SOLITA, con una taza de tila.

- SOLITA. Ahora está usted más nervioso.  
(Presentándole la tila.)  
Tome usted tila, Roberto.
- ROB. (Se burlan todos de mí!)
- RUFINO. (Y por qué le reconviene?)
- SOLITA. Este es el pago que tienen  
los que se portan así! (Á Roberto.)
- ROB. Yo juro... (La ira me abrasa!)
- ANDRES. (Dándole el sombrero con mucha cortesía.)  
Tome usted y hasta más ver;  
cuando quiera usted volver  
aquí tiene usted su casa!  
(Va á salir Roberto por la primera puerta izquier-  
da, cuando entra por ella Mercedes. Al ver á ésta  
y en el colmo del aturdimiento, vacila, haciendo  
ese movimiento de uno á otro lado que es natural

en la persona que evita el hallarse con otra á quien encuentra de frente. Mercedes le deja paso franco y él sale con rapidez.)

## ESCENA ÚLTIMA.

MERCEDES, SOLITA, D. RUFINO y ANDRÉS.

ANDRES. (Abrazándola.) Mercedes!

MERC. Al fin marchó!

SOLITA. Con estas cosas me irritó!  
Ay! Yo sí que necesito  
la tila!

RUFINO. (Á Andrés.) Y no sabré yo?...

ANDRES. Ya lo sabrá usted, espere.

RUFINO. Bien, hombre! Vaya una idea!  
(Está de Dios que yo sea  
el último que se entere.)

SOLITA. Con lo que aquí le ha pasado  
su curacion es segura.  
(Al público.)  
Y pues la habeis presenciado  
decidnos el resultado  
que dió LA PRIMERA CURA.

FIN DE LA COMEDIA.